

Luis Goytisolo

Estatua con palomas

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

A Gonzalo y Fermín

Capítulo I

Delfos. No sabría decir si fue el exceso de luz o más bien el movimiento inusitado el primer indicio de lo que estaba sucediendo. Mis dos o tres visitas anteriores habían transcurrido en la penumbra, tal y como a él le gustaba estar desde que fue ingresado. Y el que a la hora de la cena se produjera semejante ajeteo de enfermeras a la intensa luz proyectada por las puertas de su habitación abiertas de par en par, que seccionaba transversalmente el largo corredor, no podía significar otra cosa. Estaban retirando las sábanas, las toallas de baño, la instalación del gota a gota, los medicamentos, la ropa, los objetos personales. ¿Es usted familiar de don Leopoldo?, me preguntó alguien. Tenga la bondad de acompañarme; su tío falleció no hace ni dos minutos y hay que tomar algunas decisiones. Mi consejo es llamar cuanto antes al Servicio de Pompas Fúnebres. Siendo como era soltero lo más cómodo es que ellos se encarguen de todo.

El hecho de que en efecto fuera soltero no simplificaba demasiado la situación, ya que tío Leopoldo vivía desde siempre en compañía de tío Luis, ambos al cuidado de Carmen, a quien, a estas alturas, ya no era posible seguir considerando una mera sirvienta. Además tío Luis era sordo, motivo que, unido a la manifiesta falta de interés de tío Leopoldo por los medios de comunicación, daba lugar a que en su piso no hubiera teléfono. Así pues, llamé en primer lugar a las primas, que es como en medios familiares eran llama-

das las primas que se habían quedado solteras. A partir del ingreso de tío Leopoldo en la clínica, también como en virtud de un tácito acuerdo familiar, sobre ellas había recaído la tarea de organizar la asistencia al enfermo y, en especial, el relevo de acompañantes junto a su lecho. Horas antes, precisamente, me había puesto en contacto con la prima Carmen para decirle que pensaba acercarme a la clínica hacia la hora de la cena, uno de los momentos que mejor les permitía a todas relajarse un poco. Sólo que en lugar de dar conversación a tío Leopoldo mientras cenaba, lo que me tocó hacer fue elegir un ataúd lo más sobrio posible en los bajos del edificio que centralizaba los Servicios Municipales de Pompas Fúnebres. El empleado que me atendía, con el mismo oficio que un vendedor de coches, intentó en vano interesarme por las ventajas de otros modelos, sin duda alguna de precio más elevado; mi convicción era la de que tío Leopoldo los hubiera encontrado detestables.

Para cuando eché en el albarán la firmita que me pedía el vendedor, ya había llegado a los velatorios algún que otro miembro de la familia y el cuerpo de tío Leopoldo acababa de ser instalado en uno de ellos. La disposición del edificio era similar a la de un hotel, con algo así como *suites* numeradas a uno y otro lado de los pasillos, ámbitos formados por una pequeña antesala y la capilla ardiente propiamente dicha; la campana de plástico transparente ocupaba una posición equivalente a la de la cama en el contexto de un dormitorio. En otra planta, había también una cafetería abierta permanentemente, susceptible de interesar a más de un noctámbulo; en conjunto, todo aquello tenía algo de terminal de aeropuerto y, considerando la diversidad de grupos que allí se daban cita, más desconcertados que propiamente afligidos, hasta de estación interplanetaria, con gente llegada desde distintas galaxias. Entre los familiares presentes había algunos a los que no veía desde hacía casi treinta años; y a los mayores de sus chicos sencillamente no los había visto en mi vida. A grandes rasgos, no era entre ellos donde cabía captar el aire de familia. Lo que irradiaba ese aire se hallaba

en el interior de la campana de plástico transparente: el cuerpo yacente de tío Leopoldo, idéntica su efigie a la de mi padre como nunca lo fueron durante sus respectivas vidas.

Ese recuerdo, el último, es el único enteramente singularizado que guardo de tío Leopoldo. Hay otros dos, relativos también a sus últimos años, que se superponen y confunden en mi memoria, ya que en ambos casos me lo encuentro peleando con uno de mis hijos en la sala de estar de casa; la diferencia entre un recuerdo y otro estriba en que si en una ocasión se arrojaban mutuamente piezas de fruta, creo que peras, en la siguiente era cucharadas de azúcar lo que intercambiaban con gozo. El hecho de que, por lo demás, las dos situaciones sean intercambiables se debe a que tanto una como otra tuvieron lugar probablemente un miércoles, el día en que tío Leopoldo tenía por costumbre venir a comer a casa. Una costumbre, casi un rito que, saltando de generación, habría que remitir a otro rito de mi propia infancia. Así, si tío Luis había sido mi padrino, tío Leopoldo era ahora padrino de uno de mis chicos y, al igual que entonces, sus visitas semanales habían entrado a formar parte del calendario familiar. Para mis hijos, por otra parte, tío Leopoldo era el abuelo, dado que, según su criterio, se ajustaba más a la idea que por analogía se habían hecho de lo que es un abuelo que a la de simple tío. Que yo recuerde, tío Luis vino a visitarnos una sola vez, acompañado de Carmen. Por esa época, ya había renunciado a dormir fuera de casa –extrañaba la cama– y por parecidos motivos sólo excepcionalmente accedía a comer algo que no hubiera sido preparado personalmente por Carmen.

Nuestro común intento de mantener vivo el ritual de las visitas periódicas fue un relativo fracaso, en parte por los achaques de los tíos, propios de la vejez –tío Luis, en especial, estaba ya completamente sordo–, y en parte porque el nuevo contexto familiar –caras nuevas en sustitución de caras desaparecidas para siempre– otorgaba por sí solo algo de artificialidad a un acto al que en cierta medida se sentían ajenos. Las visitas de tío Luis, por ejemplo, siempre habían

respondido a los deberes que, como padrino, tenía para conmigo, por lo que se atenían rigurosamente al calendario litúrgico: Reyes, el 6 de enero, el domingo de Pascua de Resurrección, fiesta variable, y el día de mi santo, 21 de junio. El domingo de Pascua se hacía preceder por un mozo de pastelería cargado con la *mona* más llamativa que hubiera podido encontrar, y por Reyes y San Luis traía personalmente el regalo. A las tres celebraciones asistía invariablemente tío Leopoldo y el menú de cada una de ellas solía ser siempre el mismo. De las tres, por su inmediatez respecto al verano entero que iba a pasar en Torrentbó, mi preferida era la del santo, importándome poco que los regalos que recibía fueran de menor importancia que los de Reyes. Creo que, en todos aquellos años, tío Luis *subió*, como decíamos, una sola vez a Torrentbó, probablemente la primera para él después de la guerra civil; llevaba una chaqueta de hilo blanco y ya entonces se quejó de que había dormido mal. Volvió, que recuerde, en otras dos ocasiones, con motivo de la boda de Marta y de la de José Agustín, extraño no ya al ambiente nupcial que le rodeaba, sino incluso, se diría, al lugar en sí, tal vez por distinto a como lo recordaba. Pero así como en la casa había una habitación a la que llamábamos *el cuarto de tío Leopoldo*, no existía ninguna que conociéramos como *el cuarto de tío Luis*.

El papel de tía Mercedes, mi madrina, fue siempre de menor entidad, en primer término porque parecía darse por sentado que para un chico, a diferencia de lo que hubiera sucedido con una chica, la figura de la madrina tenía un valor subsidiario. Pero también debido a que tía Mercedes pertenecía a la línea familiar materna y, dentro de esa línea, su grado de parentesco era más remoto además de indirecto que el de tío Luis: una simple prima de mi madre que ni siquiera llevaba el mismo apellido. Por encima de todo, no obstante, había una cuestión de carácter que le impedía imponerse a unas circunstancias en principio adversas: el problema de no saber cómo tratar a un chico que probablemente se comportaba de un modo distinto a

los únicos chicos que estaba habituada a tratar, los hijos de su hermana y, tal vez, los chicos de su propia infancia. Tímida, inatractiva, algo tartamuda, a los pocos minutos de conversación se aturdí hasta tal punto que, por miedo al silencio, hubiera sido capaz de seguir hablando y hablando compulsivamente, preguntando y preguntando –te gustaría ser bombero, ¿verdad?– perfectamente consciente de que disparataba. Supongo que esos rasgos de carácter, que la predestinaban a la soltería, constituyen la verdadera causa de que fuera elegida –precisamente ella y no, por ejemplo, su hermana Eugenia– como madrina. No muy holgada en recursos, sus regalos fueron siempre puntuales pero más modestos que los de tío Luis, algo de lo que un niño toma siempre buena nota; el *palmón* que le tocaba regalar por Ramos resultaba asimismo menos costoso que la *mona* de Pascua. No recuerdo que viniese a comer ni una sola vez a casa.

Si en su origen las figuras de la madrina y el padrino estaban destinadas a ejercer un eventual papel sustitutorio respecto al de los padres tanto en lo espiritual como en lo material, en la práctica, ese papel solía limitarse al de proveer al ahijado de regalos en determinadas fechas y, hoy día, probablemente ni eso. Y la función real de padrino, de hecho, acostumbraba a ser cumplida por esos tíos y tías solteros que en períodos de mayor crecimiento demográfico raramente faltaban en las familias. En tal sentido, mis padrinos fueron dos, tío Luis y tío Leopoldo, y un papel equivalente fue el que jugó tía Montserrat, la más joven de las hermanas de mi padre –casada, pero tempranamente separada y sin hijos– para con la totalidad de sus sobrinos. La función del tío soltero, lejos de sustituir a la de los padres, más bien la complementaba. Libre de los deberes que tradicionalmente son atribuidos a los padres –una severidad que fácilmente rayaba en la inflexibilidad, so pena de incurrir en lo que se entendía por malcriar–, y sin la diferencia de edad que separa al niño de los abuelos dando a la relación un algo de pusilánime, el tío soltero es en principio el mejor interlocutor del niño, más fácilmente cómplice que cual-

quier otro miembro de la familia, más dado a determinadas confianzas personales susceptibles de convertirle en el mediador ideal del niño en su relación con el mundo circundante. El tío soltero, más que erigirse en modelo, lo que hace es proponer al niño modelos de vida, empezando, sin duda, por la libertad de acción que supone su propia soltería, en agudo contraste con las complicaciones y servidumbres inherentes al matrimonio. Un tipo de influencia que se ejerce fundamentalmente a través de la conversación –viajes, lecturas, experiencias personales–, si bien se trata de una conversación que, por su valor ejemplar, gravita directamente sobre el comportamiento. En ese sentido, el trato con tío Luis y tío Leopoldo supuso para mí un influjo como mínimo equiparable al que pudieron ejercer los libros que leía o las películas de aventuras que programaban cada semana los cines del barrio.

La principal dificultad que entraña evocar figuras como la de tío Luis y tío Leopoldo reside en el hecho de que, en la medida en que se convierten en lo que se ha dado en llamar una *verdadera institución en la familia*, tienden a ser vistos, globalizados por la perspectiva, como personajes cerrados, protagonistas de una historia que ya ha sido escrita. Y es preciso revisar fotos de familia en las que ellos aparezcan, tomadas en épocas diversas, para ayudarse a percibir el carácter engañoso de esa personalidad idéntica a sí misma a lo largo de los años que ha terminado por serles atribuida. Las modificaciones en su presencia física contribuyen a romper esa sensación de imagen atemporal que favorece la continuidad en el trato: si yo, en esas fotos, había pasado de niño a adulto, ellos habían pasado de adultos a viejos. Algo que no sucede con los padres o los hermanos, ni siquiera con los abuelos cuando viven en la propia casa y no aparte, ya que la intimidad de la convivencia cotidiana se encarga por sí misma de establecer una serie de hitos susceptibles de pautar por sí solos las modulaciones de la relación.

Rememorar mi relación con los tíos, por el contrario, tiene algo en común con ese trayecto en coche por una

carretera que recorreremos de tarde en sentido contrario al de ida, un recorrido de regreso que difícilmente nos va a ofrecer las vistas tal y como se habían ofrecido a nuestros ojos por la mañana –distinta la luz, distinto el ángulo–, de forma que la impresión primera que nos produjo resultará improbable a la vez que, en cierto modo, inmodificable. Y desestimar la huella de esa impresión primera sería como pretender definir al máximo un sueño que se borra de nuestra memoria según lo recordamos una vez despiertos, reconstrucción siempre escasamente fiable ya que, aunque sea de manera inconsciente, resulta fácil terminar inventando. Un fenómeno que se produce incluso cuando aparentemente se dispone de datos objetivos que avalen los hechos como puedan ser las palabras de una entrevista registradas en una grabadora si el entrevistador desconoce hasta qué punto la literalidad del material grabado traiciona el significado de lo dicho en todo lo que suponga algo más que un mero planteamiento binario. Pues de hecho, por poco talento que tenga el entrevistador, el resultado –la entrevista publicada– será no sólo tanto más brillante sino también tanto más veraz en la medida en que se olvide de los inevitables incisos grabados y remodele el conjunto de preguntas y respuestas en función de la comprensión global que personalmente le ha merecido no sólo el tema de la entrevista sino también la propia persona del entrevistado. Y es que así como lo más inexacto además de torpe sería que el entrevistador emprendiese la transcripción literal del material grabado, así, similarmente, en todo intento de reconstruir y objetivar el propio pasado, nada resultaría más erróneo que pretender armar los recuerdos aislados que poseemos al respecto en un todo coherente, en vez de aplicarnos a la reelaboración de los diversos períodos de nuestra vida conforme a una menos concreta pero siempre más precisa apreciación personal predominante.

La presencia física de tío Leopoldo combinaba una natural elegancia de porte con un andar descuidado y un notable desaliño en el vestir, ropa arrugada, corbata torcida, boto-

nes mal abrochados y otros detalles que en poco deslucían o invalidaban la favorable impresión inicial. Su cabello, blanco hasta donde alcanza mi memoria –un blanco prematuro que en cierta medida constituye una característica familiar–, con algún atisbo amarillo, propio bien de la peculiar calidad del pelo cano, bien residuo de una primitiva coloración castaño claro, contrastaba con la tez rubicunda, de un encendido natural potenciado tanto por su afición a los picantes, como por su hábito de leer el periódico, siempre que fuera posible, al sol de la mañana. De igual forma que su bigote delgado y canoso hacía dudar de que llevase bigote, su desdén hacia las prótesis dentales convertía en rasgos faciales –mejillas chupadas– lo que de hecho era más bien una modificación de tales rasgos. Con todo, y debido principalmente al peso de su nariz, verdadero eje ordenador de ese conjunto de rasgos, era sin duda el *más* Goytisolo de los tíos, si por ello entendemos su manifiesto parecido con el bisabuelo Agustín.

Su atractivo, así físico como intelectual, en la medida en que su ironía y sentido crítico –en la linde misma de la mordacidad– le convertían en antigalán, le granjearon no obstante un indiscutible éxito entre las mujeres. En el curso de los años he conocido diversas damas tanto casadas como solteras o viudas que, ya ancianas, no han dudado en expresar el entusiasmo que les merecía, y más de un favor recibido lo debo a mi condición de sobrino de tío Leopoldo. Muy reservado en este terreno, sus confidencias se limitaban a los años de estudiante de medicina pasados en Santiago de Compostela, pero ni aún así llegué a saber si su admiración por las gallegas era genérica o escondía, cosa más que probable, nombres propios. Ese período compostelano escondió, en todo caso, el hecho de que, mientras le fue posible, no estudió la carrera que decía estar estudiando, de forma que mientras su padre creía contar en la familia con un estudiante de medicina próximo a graduarse, el joven Leopoldo sólo empezó realmente a presentarse a los exámenes cuando la ausencia de calificaciones hizo imposible seguir mante-

niendo como realidades lo que no pasaban de ser buenas intenciones. El borrón que toda esa historia le supuso está, sin duda, en el origen de su fama de comodón y gandul, y también, muy probablemente, de su opción en favor de la vida de soltero, de solterón, si se prefiere. Aunque sus conocimientos médicos eran verdaderamente amplios, tenía muy a gala decir que si alguna vez llegó a ejercer fue por la fuerza, poco menos que a punta de pistola, como quien dice, cuando, durante la guerra civil, a modo de movilización, fue asignado a Torredembarra, un pequeño pueblo de pescadores –por aquel entonces– de la costa de Tarragona. Y allí tuvo ocasión de comprobar hasta qué punto eran exactos sus temores: lo que de veras le horrorizaba de su profesión era la inexcusable necesidad, a veces, de realizar autopsias.

Excluido con la mayor naturalidad del mundo el hábito de trabajar, de entregarse a cualquier clase de ocupación, fuese o no remunerada, sus actividades se centraron principalmente en la lectura y los viajes, dos ámbitos de su vida que más que estrechamente vinculados llegaron en cierto modo a confundirse. Tanto por razones de comodidad como de economía, nunca estuvo en ningún lugar que no fuese próximo, de fácil acceso y en la época adecuada, por lo general el verano. Los viajes a países exóticos –Nueva Zelanda, Canadá, Costa Rica, Chile– los realizó siempre, con la ayuda de su imaginación, por medio de la lectura, en especial, a fin de precisar algún que otro dato que pudiese desconocer, a través de las páginas de la Enciclopedia Británica y del Calendario Atlante de Agostini. Le sobraba fantasía para trasladarse de un continente a otro, para recorrer un mundo que se conocía con el mismo detalle que el cuerpo humano. Su afición viajera fue causa asimismo de más de un descalabro en sus finanzas, ya que no pudo sustraerse a la tentación de invertir dinero en sociedades radicadas en lugares sumamente favorecidos por la naturaleza, dando más importancia a esta consideración que a la solvencia económica de la empresa. Sólo así se explican las estrecheces que progresivamente fueron limitando su tren de vida, en

contraste con la situación más desahogada de tío Luis, no menos afectado por un fenómeno de carácter general como puede ser la inflación.

Más que como consecuencia de las periódicas visitas de carácter familiar, la influencia sobre mi visión del mundo que cabe atribuir a su trato se ejerció preferentemente durante sus largas estancias en Torrentbó, preferentemente los meses de julio y septiembre. El tema de nuestras conversaciones, o, mejor dicho, su marco geográfico, era, ni más ni menos, el globo terráqueo, con alguna que otra incursión en la astronomía y en las posibilidades de vida en otros planetas del sistema solar. Su capacidad evocadora al explayarse acerca de la singular belleza de las mujeres anglo-chinas o de las características infernales del clima nigeriano, sólo era equiparable a la de tío Luis al hablar de *Moby Dick* o de tal o cual novela de Joseph Conrad. La anglofilia que ambos compartían, más que cuestión de temperamento, respondía a una actitud moral significativa, ya que lo que realmente respaldaban eran valores que, acertadamente o no, es casi un lugar común considerarlas consustancialmente británicas: tolerancia hacia los demás que, aplicada a uno mismo, supone el derecho al máximo respeto de la propia vida privada.

Si Torrentbó era un buen lugar para comienzos del verano y para septiembre, en agosto, tío Leopoldo tenía por costumbre irse a pasar una temporada a algún lugar más fresco, pueblos de contorno frondoso como San Juan de las Abadesas, Camprodón o la fonda anexa a la ermita de La Trinidad, cerca de Poblet. Su equipaje era siempre sucinto: una pequeña maleta con una muda, un libro, los trebejos de afeitar y, envuelto en hojas de diario, un queso o parte de un queso de Mahón, obsequio que desde Menorca le hacía llegar periódicamente la prima Josefina, una de sus incondicionales desde la adolescencia.

Cuando las circunstancias le obligaban a permanecer parte del verano en la ciudad, odiando como odiaba el calor, distribuía su tiempo entre los cines refrigerados, donde dor-

mía la siesta, y las sombrías salas de la Biblioteca Central, con su Enciclopedia Británica; el periódico solía leerlo en un vagón de metro de la línea de Sarriá, fresco y semivacío por esas fechas y a esas horas, repitiendo indefinidamente el trayecto de ida y vuelta sin moverse de su asiento. En invierno, sus visitas a casa se hicieron cada vez más frecuentes, tanto con objeto de vernos como de leer el periódico en el jardín tras un saludable paseo. Como para justificar aquella tendencia a huir de su casa, solía quejarse de que la sordera de tío Luis empeoraba de día en día, de que estaba ya como una tapia, y de que Carmen lo hacía todo a gusto de tío Luis, nunca a su gusto. Llegaba hacia media mañana o bien después de comer, y con el café se fumaba un cigarro barato tipo *faria* o un pequeño puro canario de similar calidad. Fue sin duda influencia suya el que ya cuando empecé a fumar prefiriese los cigarros a los cigarrillos; si fumaba también cigarrillos era sólo por fumar lo mismo que mis amigos y amigas, no porque me gustara especialmente. Pero el hábito de fumarme un cigarro con el café, llegó a inquietar hasta tal punto a José Agustín, que una tarde pasó a preguntarme directamente acerca de lo que pensaba hacer en la vida, de por qué razón quería estudiar Náutica además de la carrera de Derecho, de qué demonios estaba haciendo a mi edad con mi café y mis puritos, igual que tío Leopoldo. No creo que José Agustín actuase en su reprimenda en representación de nuestro padre, al que posiblemente consideraba alarmantemente próximo a los planteamientos soñadores que tanto propiciaba el influjo de tío Leopoldo.

Aparte de una determinada actitud ante la vida, tío Luis y tío Leopoldo compartían el mismo piso, dos hechos que sin duda no sería posible desvincular. Se trataba de un apartamento moderno, en la mejor línea de la arquitectura racionalista de los años treinta, todo un contraste respecto a la fastuosidad del *chalet árabe*, en que se habían criado, el palacete que, mandado construir por el abuelo, fue vendido poco tiempo después de su muerte. Con ellos vivió también, en un principio, tía Montserrat, tía Rata, para los sobrinos, y

a ese período, anterior a su breve matrimonio, hay que atribuir la fama de mujer ligera de cascos más que simplemente emancipada que llegó a granjearse. Por lo demás, ambos hermanos eran muy distintos y las diferencias que les caracterizaban no hicieron sino acentuarse merced a las pequeñas manías personales que se van enconando con la convivencia. Si tío Leopoldo tenía cierto aire de coronel retirado, tío Luis, con su aspecto más abstraído que simplemente reflexivo, parecía más bien un intelectual vinculado a la vida académica. Aunque ni una cosa ni otra respondieran a la realidad, algo de sus respectivas maneras de ser quedaba reflejado en ese distingo: interés por la realidad en un caso, por las representaciones de esa realidad en el otro. De habérselo planteado a su debido tiempo, en lugar de mantenerse ocupado con la asesoría jurídica de la empresa que dirigía mi padre, una empresa que como ambos sabían, podía arreglárselas perfectamente sin asesores jurídicos, las dotes formativas de tío Luis hubieran hecho de él un excelente profesor de literatura. El tino con que me ayudó a pasar de Salgari a Stevenson, Mark Twain y Kipling, de éste a Conrad y de Conrad a Balzac y Dickens a través de los libros que me regalaba de año en año, todos ellos en el momento oportuno, fue ejemplar, y el entusiasmo con que yo asimilaba tales lecturas creaba entre ambos un diálogo lleno de complicidades del que a todas luces se sentía orgulloso. Mi primer relato, publicado muy pocos años después, pareció, sin embargo, pillarle enteramente de sorpresa, como si la distancia entre proyecto y realización, entre leer y escribir, fuera insalvable. Para entonces, por otra parte, nuestras respectivas lecturas habían empezado a distanciarse: literariamente, su formación parecía haber concluido hacia los años veinte y cualquier innovación posterior a ese período parecía hallarse fuera del alcance de su sensibilidad. Ni Joyce ni Faulkner, por ejemplo, podían llegar a interesarle. Nunca fue excesivamente aficionado a la poesía, pero con la pintura le sucedía prácticamente lo mismo que con la novela: los últimos pintores dignos para él de consideración eran los impresionistas.